



CANTO XXI

Halla Teguelda el cuerpo del marido, y haciendo un llanto sobre él le lleva á su tierra: llegan á Penco los españoles y caballos que venian de Sant.ago y de la Imperial por tierra; hace Caupolicán muestra general de su gente.

¿Quién de amor hizo prueba tan bastante?
¿Quién vió tal muestra y obra tan piadosa
Como la que tenemos hoy delante
Desta infelice bárbara hermosa?
La fama engrandeciéndola levante
Mi baja voz en alta y sonora;
Dando noticia della eternamente
Corra de lengua en lengua y gente en gente.

Cese el uso dañoso y ejercicio
De las mordaces lenguas ponzoñosas
Que tienen de costumbre y por oficio
Ofender las mujeres virtuosas:
Pues mirándolo bien, solo este indicio,
Sin haber en contrario tantas cosas,
Confunde su malicia, y las condena
A duro freno y vergonzosa pena.

TOMO I

¡Cuántas y cuántas vemos que han subido
A la difícil cumbre de la fama,
Judit, Camila, la fenisa Dido,
A quien Virgilio injustamente infama;
Penélope, Lucrecia, que al marido
Lavó con sangre la violada cama;
Hipo, Tucia, Virginia, Fulvia, Clelia,
Porcia, Sulpicia, Alcestes y Cornelia!

Bien puede ser entre estas colocada
La hermosa Teguelda, pues parece
En la rara hazaña señalada
Cuánto por el piadoso amor merece:
Así sobre sus obras levantada
Entre las mas famosas resplandece,
Y el nombre será siempre celebrado
A la inmortalidad ya consagrado.

Quedó pues como dije recogida
En parte honesta y compañía segura,
Del poco beneficio agradecida,
Segua lo que esperaba en su ventura;
Pero la aurora y nueva luz venida,
Aunque el sabroso sueño con dulzura
Me habia los lasos miembros ya trabado,
Me despertó el aquejador cuidado.

Viniendo á toda prisa adonde estaba
Firme en el triste llanto y sentimiento,
Que solo un breve punto no aflojaba
La dolorosa pena y el lamento:
Yo con gran compasion la consolaba,
Haciéndole seguro ofrecimiento
De entregarle el marido y darle gente
Con que salir pudiese libremente.

Ella del bien incrédula llorando,
Los brazos estendidos, me pedia
Firme seguridad; y así llamando
Los indios de servicio que tenia,
Salí con ella acá y allá buscando:
Al fin entre los muertos que allí habia
Hallamos el sangriento cuerpo helado
De una redonda bala atravesado.

La misera Teguvalda, que delante
Vió la marchita faz desfigurada,
Con horrendo furor en un instante
Sobre ella se arrojó desatinada;
Y junta con la suya en abundante
Flujo de vivas lágrimas bañadas,
La boca le besaba y la herida
Por ver si le podia infundir la vida.

«¡Ay cuitada de mí! decia, ¿qué hago
Entre tanto dolor y desventura?
¿Cómo al injusto amor no satisfago
En esta aparejada coyuntura?
¿Por qué ya pusilánime de un trago
No acabo de pasar tanta amargura?
¿Qué es esto? ¿La injusticia adónde llega,
Que aun el morir forzoso se me niega?»

Así furiosa por morir echaba
La rigurosa mano al blanco cuello,
Y no pudiendo mas, no perdonaba
Al afligido rostro ni al cabello,
Y aunque yo de estorbarlo procuraba,
Apenas era parte á defendello:
Tan grande era la basca y ansia fuerte
De la rabiosa gana de la muerte.

Después que algo las ansias aplacaron
Por la gran persuasion y ruego mio,
Y sus promesas ya me aseguraron
Del gentilico intento y desvario,
Los prestos yanaconas levantaron
Sobre un tablon el yerto cuerpo frio,
Llevándole en los hombros suficientes
Adonde le aguardaban sus sirvientes.

Mas porque estando así rota la guerra
No padeciese agravio y demasia,
Hasta pasar una vecina sierra
Le tuve con mi gente compañía;
Pero llegando á la segura tierra
Encaminada en la derecha via,
Se despidió de mí reconocida
Del beneficio y obra recibida.

Vuelto al asiento, digo, que estuvimos
Toda aquella semana trabajando,
En la cual lo deshecho rehicimos,
El foso y roto muro reparando:
De industria y fuerza al fin nos prevenimos
Con buen ánimo y orden aguardando
Al enemigo campo cada dia,
Que era pública fama que venia.

También tuvimos nueva que partidos
Eran de Mapochó nuestros guerreros,
De armas y municiones bastecidos
Con mil caballos y dos mil flecheros;
Mas del lluvioso invierno los crecidos
Raudales, y las ciénagas y esteros
Llevándoles ganado, ropa y gente,
Los hacian detener forzosamente.

Estando, como digo, una mañana
Llegó un indio á gran prisa á nuestro fuerte,
Diciendo: ¡Oh temeraria gente insana!
Huid, huid la ya vecina muerte,
Que la potencia indómita araucana
Viene sobre vosotros de tal suerte,
Que no bastarán muros ni reparos,
Ni sé lugar donde podais salvaros.

El mismo aviso trajo al mediodía
Un amigo cacique de la sierra,
Afirmando por cierto que venia
Todo el poder y fuerza de la tierra
Con soberbio aparato, donde habia
Instrumentos y máquinas de guerra,
Puentes, traviesas, árboles, tablones,
Y otras artificiosas prevenciones.

No desmayó por esto nuestra gente,
Antes venir al punto deseaba,
Que el menos animoso osadamente
El lugar de mas riesgo procuraba;
Y con presteza y orden conveniente
Todo lo necesario se aprestaba,
Esperando con muestra apercebida
Al dia amenazador de tanta vida.

Fuimos también por indios avisados
De nuestros espiones, que sin duda
Nos darian el asalto por tres lados,
Al postrer cuarto de la noche muda:
Así que, cuando mas desconfiados
No de divina, mas de humana ayuda,
Por la cumbre de un monte de repente
Apareció en buen orden nuestra gente.

¡Quién pudiera pintar el gran contento,
El alborozo de una y otra parte,
El ordenado alarde, el movimiento,
El ronco estruendo del furioso Marte,
Tanta bandera descogida al viento,
Tanto pendon, divisa y estandarte,
Trompas, clarines, voces, apellidos,
Relinchos de caballos y bufidos!

Ya que los unos y otros con razones
De amor y cumplimiento nos hablamos,
Y para los caballos y peones
Lugar cómodo y sitio señalamos;
Tiendas labradas, toldos, pabellones
En la estrecha campaña levantamos
En tanta multitud, que parecia
Que una ciudad allí nacido habia.

Fué causa la venida desta gente
Que el ejército bárbaro vecino
Con nuevo acuerdo y parecer prudente
Mudase de propósito y camino:
Que Colocolo astuta y sabiamente
Al consejo de muchos contravino,
Discurriendo por términos y modos
Que redujo á su voto los de todos.

Aunque, como ya digo, antes tuvieron
Gran contienda sobre ello y diferencia;
Pero al fin por entonces difirieron
La ejecucion de la éspere sentencia,
Y el poderoso campo retrujeron
Hasta tener mas cierta inteligencia
Del español ejército arribado,
Que ya le habia la fama acrecentado.

Pero los nuestros de mostrar ganosos
Aquel valor que en la nacion se encierra,
Enemigos del ocio y deseosos
De entrar talando la enemiga tierra,
Procuran con afectos hervorosos
Apresurar la deseada guerra,
Haciendo diligencia y gran instancia
En prevenir las cosas de importancia.

Reformado el bagaje brevemente
De la jornada larga y desabrida,
La bulliciosa y esforzada gente
Ganosa de honra y de valor movida,
Murmurando el reposo impertinente,
Pide que se acelere la partida
Y el dia de todos tanto deseado,
Que fué de aquel en cinco señalado.

Venido el aplazado alegre día,
Al comenzar de la primer jornada,
Llegó de la Imperial gran compañía
De caballeros y de gente armada;
Que en aquella ocasion partido habia
Por tierra, aunque rebelde y alterada,
Con gran chusma y bagaje bastecida
De municiones, armas y comida.

Ya pues en aquel sitio recogidos
Tantos soldados, armas, municiones,
Todos los instrumentos prevenidos,
Hechas las necesarias provisiones,
Fueron por igual orden repartidos
Los lugares, cuarteles y escuadrones,
Para que en el rebato y voz primera
Cada cual acudiese á su bandera.

Caupolicán también por otra parte,
Con no menor cuidado y providencia,
La gente de su ejército reparte
Por los hombres de suerte y suficiencia:
Que en el duro ejercicio y bélica arte
Era de mayor prueba y experiencia;
Y todo puesto á punto quiso un día
Ver la gente y las armas que tenia.

Era el primero que pasó la muestra
El cacique Pillolco, el cual armado
Iba de fuertes armas, en la diestra
Un gran baston de acero barreado,
Delante de su escuadra gran maestra
De arrojar el certero dardo usado,
Procediendo en buen orden y manera
De trece en trece iguales por hilera.

Luego pasó detrás de los postreros
El fuerte Leucoton, á quien siguiendo
Iba una espesa banda de flecheros
Gran número de tiros esparciendo;
Venia Rengo tras él con sus maceros
En paso igual y grave, procediendo
Arrogante, fantástico, lozano
Con un entero libano en la mano.

Tras él con fiero término seguia
El áspero y robusto Tulcomara,
Que vestido en lugar de arnés traia
La piel de un fiero tigre que matara
Cuya espantosa boca le ceñia
Por la frente y quijadas la ancha cara
Con dos espesas órdenes de dientes
Blancos, agudos, lisos y lucentes.

Al cual en gran tropel acompañaban
Su gente agreste y ásperos soldados,
Que en apiñada muela le cercaban
De pieles de animales rodeados.
Luego los talcamávidas pasaban,
Que son mas aparentes que esforzados,
Debajo del gobierno y del amparo
Del jactancioso mozo Caniotaro.

Iba siguiendo la postrer hilera
Millalermo, mancebo floreciente,
Con sus pintadas armas, el cual era
Del famoso Picoldo descendiente,
Rigiendo los que habitan las riberas
Del gran Nibequetén, que su corriente
No deja á la pasada fuente y rio
Que todos no los traiga al Biobío.

Pasó luego la muestra Mareande
Con una cimitarra y ancho escudo,
Mozo de presuncion y orgullo grande,
Alto de cuerpo, en proporcion membrudo;
Iba con él su primo Lepomande
Desnudo al hombro un gran cuchillo agudo,
Ambos de una divisa rodeados
De gente armada y pláticos soldados.

Seguia el orden tras estos Lemolemo,
Arrastrando una pica poderosa,
Delante de su escuadra por extremo
Lucida entre las otras y vistosa;
Un poco atrás del cual iba Gualemo
Cubierto de una piel dura y pelosa
De un caballo marino, que su padre
Habia muerto en defensa de su madre.

Cuentan (no sé si es fábula) que estando
Bañándose en la mar algo apartada,
Un caballo marino allí arribando
Fué dél súbitamente arrebatada;
Y el marido á las voces aguijando
De la cara mujer del pez robada,
Con el dolor y pena de perdella
Al agua se arrojó luego tras ella.

Pudo tanto el amor, que el mozo osado
Al pescado alcanzó que se alargaba,
Y abrazado con él por maña á nado
A la vecina orilla le acercaba,
Donde el marino monstruo sobreaguado
(Que también el amor ya le cegaba)
Dió recio en seco al tiempo que el reflujo
De las huidoras olas se retrujo.

Soltó la presa libre, y sacudiendo
La dura cola el suelo deshacia,
Y aquí y allí el gran cuerpo retorciendo
Contra el mozo animoso se volvia;
El cual, sazón y punto no perdiendo,
A las cercanas armas acudia,
Comenzando los dos una batalla
Que el mar calmó, y el sol paró á miralla.

Mas con destreza el bárbaro valiente,
De fuerza y lijereza acompañada,
Al monstruo devoraz heria en la frente
Con una porra de metal herrada:
Al cabo el indio valerosamente
Dió felice remate á la jornada,
Dejando al gran pescado allí tendido,
Que mas de treinta piés tenia medido.

Y en memoria del hecho hazañoso
Digno de le poner en escritura,
Del pellejo del pez duro y peloso
Hizo una fuerte y fácil armadura.
Muerto Guacol, Gualemo valeroso
Las armas heredó, y á Quilacura,
Que es un valle estendido y muy poblado,
De gente rica de oro y de ganado.

Pasó tras este luego Talcaguano,
Que ciñe el mar su tierra y la rodea,
Un mástil grueso en lo derecha mano,
Que como un tierno junco le blanda,
Cubierto de altas plumas muy lozano,
Signiéndole su gente de pelea,
Por los pechos al sesgo atravesadas
Bandas azules, blancas y encarnadas.

Venia tras él Tomé, que sus pisadas
Seguian los puelches, gentes banderizas,
Cuyas armas son puntas enastadas
De una gran braza largas y rollizas;
Y los trulos también que usan espadas,
De fe mudable y casas movedizas,
Hombre de poco efeto, alharaquientos
De fuerza grande y chicos pensamientos.

No faltó Andalicán con su lucida
Y ejercitada gente en ordenanza,
Una cota finisima vestida
Vibrando la fornida y gruesa lanza;
Y Orompello, de edad aun no cumplida,
Pero de grande muestra y esperanza,
Otra escuadra de pláticos regia
Llevando al diestro Ongolmo en compañía.

Elicura pasó luego tras estos,
Armado ricamente, el cual traia
Una banda de jóvenes dispuestos
De grande presuncion y gallardía;
Seguian los llaucos de almagrados gestos,
Robusta y esforzada compañía,
Llevando en medio dellos por caudillo
Al sucesor del inclito Ainavillo.

Seguia después Cayocupil, mostrando
La dispuesta persona y buen deseo,
Su veterana gente gobernando
Con paso grave y con vistoso arreo;
Tras él venia Purén también guiando
Con no menor donaire y contoneo
Una bizarra escuadra de soldados
En la dura milicia ejercitados.

Lincoya iba tras él, casi gigante,
La cresta sobre todos levantada,
Armao un fuerte peto rutilante,
De penachos cubierta la celada,
Con desdeñoso término delante
De su lustrosa escuadra bien cerrada;
El mozo Peicavi luego guiaba
Otro espeso escuadron de gente brava.

Venia en esta reseña en buen concierto
El grave Caniomangue entristecido
Por el insigne viejo padre muerto,
A quien habia en el cargo sucedido,
Todo de negro el blanco arnés cubierto,
Y su escuadron de aquel color vestido,
Al tardo son y paso los soldados
De roncós atambores destemplados.

Fué allí el postrero que pasó la lista,
Primero en todo, Tucapel gallardo,
Cubierta una lucida sobrevista
De unos anchos escaques de oro y pardo:
Grande en el cuerpo y áspero en la vista,
Con un huello lozano y paso tardo,
Detrás del cual iba un tropel de gente
Arrogante, fantástica y valiente.

El gran Caupolicán, con la otra parte
Y resto del ejército araucano,
Mas encendido que el airado Marte,
Iba con un baston corto en la mano:
Bajo de cuya sombra y estandarte
Venia el valiente Curgo y Mareguano
Y el grave y elocuente Colocolo,
Millo, Teguán, Lambecho y Guampicolo.

Seguian luego detrás sus plimaiquenes,
Tuncos, renoguelones y pencones,
Los itatas, mauleses y cauquenes
De pintadas divisas y pendones;
Nibequetenes, puelches y cautenes
Con una espesa escuadra de peones,
Y multitud confusa de guerreros,
Amigos, comarcanos y extranjeros.

Segun el mar las olas tiende y crece,
Así crece la fiera gente armada,
Tiembla en torno la tierra y se estremece
De tantos piés batida y golpeada;
Lleno el aire de estruendo se escurece
Con la gran polvareda levantada,
Que en ancho remotino al cielo sube
Cual ciega niebla espesa ó parda nube.

Pues nuestro campo en orden semejante
Segun que dije arriba, don García
Al tiempo del partir puesto delante
De aquella valerosa compañía,
Con un alegre término y semblante
Que dichoso suceso prometia,
Moviendo los dispuestos corazones
Los empezó á decir estas razones:

«Valientes caballeros, á quien solo
El valor natural de la persona
Os trujo á descubrir el austral polo
Pasando la solar tórrida zona,
Y los distantes trópicos, que Apolo,
Por mas que cerca el cielo y le corona,
Jamás en ningun tiempo pasar puede,
Ni el soberano Autor se lo concede:

»Ya que con tanto afán habeis seguido
Hasta aquí las católicas banderas,
Y al español dominio sometido
Innumerables gentes extranjeras;
El fuerte pecho y ánimo sufrido
Poned contra estos bárbaros de veras:
Que vencido esto poco, vereis llano
Todo el mundo debajo de la mano.

»Y en cuanto dilatamos este hecho
Y de llegar al fin lo comenzado,
Poco ó ninguna cosa habemos hecho,
Ni aun es vuestro el honor que habeis ganado:
Que la causa indecisa, igual derecho
Tiene el fiero enemigo en campo armado
A todas vuestras glorias y fortuna,
Pues las puede ganar con sola una.

»Lo que yo os pido de mi parte y digo
Es, que en estas batallas y revueltas,
Aunque os haya ofendido el enemigo,
Jamás vos le ofendais á espaldas vueltas:
Antes le defended como al amigo,
Si volviéndose á vos las armas sueltas
Rehuyere el morir en la batalla,
Pues es mas dar la vida que quitalla.

»Poned á todo en la razon la mira
Porque las armas siempre habeis tomado,
Que pasando los términos la ira
Pierde fuerza el derecho ya violado;
Pues cuando la razon no frena y tira
El ímpetu y furor demasíado,
El rigor excesivo en el castigo
Justifica la causa al enemigo.

»No sé, ni tengo mas acerca desto
Que decir, ni advertiros con razones,
Que en detener ya tanto soy molesto
La furia desos vuestros corazones:
Sús, sú, pues, derribad y allanad presto
Las palizadas, tiendas, pabellones,
Y vámonos de aquí todos á una
Adonde ya nos llama la fortuna.»

Súbite las escuadras presurosas
Con grande alarde y con gallardo brio
Marchan á las riberas arenosas
Del ancho y caudaloso Biobío;
Y en esquifadas barcas espaciosas
Atravesaron luego el ancho río,
Entrando con ejército formado
Por el distrito y término vedado

Mas segun el trabajo se me ofrece
Que tengo de pasar forzosamente,
Reposar algun tanto me parece
Para cobrar aliento suficiente;
Que la cansada voz me desfallece,
Y siento ya acabárseme el torrente;
Mas yo me esforzaré, si puedo tanto,
Que os venga á contentar el otro canto.

